

N A	ueva Antropología	15 16
----------------------	------------------------------------	------------------------

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

**MOVIMIENTOS ARMADOS
EN AMERICA LATINA**

Antonio Gramsci, Análisis de situaciones.-Juan Carlos Marín, Reflexiones sobre una estrategia político militar.- Francisco Javier Guerrero, El Salvador en la hora de la liberación.- Grupo Comandante Chaparral, Colombia: revolución armada.- Hugo Zemelman, Desde la toma del poder político hasta el poder revolucionario.- Patricio Biedma y Nelson Minello, La crisis y la guerra urbana en el Uruguay.- Rosa María Torres, Nicaragua: revolución y alfabetización.- Gerard Pierre Charles, Experiencias de luchas armadas del pueblo haitiano.- DOCUMENTOS: Guatemala, México y Brasil.

NUMERO ESPECIAL

El Salvador en la hora de la liberación

Francisco Javier Guerrero*

En los primeros días de agosto, el corresponsal mexicano Ignacio Rodríguez Terrazas fue asesinado por un sicario al servicio de la Junta Militar demócrata-cristiana que gobierna El Salvador. En cierto sentido, tal acontecimiento resultó ser "normal" en un país en el cual ya se ha asesinado también a otros periodistas y se amenaza constantemente a los que siguen ejerciendo sus funciones como trabajadores de la prensa. Ejército y bandas derechistas paramilitares acosan y hostigan toda expresión que consideren perjudicial a sus intereses como servidores del régimen de explotación que priva en los lares salvado-

reños. La libertad de prensa y el derecho de informar lo que realmente acaece no se puede tolerar bajo la égida de la Junta. Lo que acontece en El Salvador es un auténtico genocidio, y la brutal represión que allí se efectúa no se dirige exclusivamente a dirigentes políticos o sindicales de tendencias progresistas o a elementos activistas considerados subversivos; es una represión dirigida contra todo un pueblo que se niega a seguir padeciendo un infierno sobre la tierra. Cuando en mayo pasado el Ejército salvadoreño y sus aliados de las bandas asesinaron a multitud de humildes campesinos que huían a Honduras, manifestaron claramente el carácter de la guerra que lleva adelante la Junta: una guerra abierta contra el pueblo, una feroz lucha antipopular. Es claro que la represión no se limita a ase-

* Investigador del Departamento de Etnología y Antropología Social, INAH.

sinar a unos para aterrorizar a otros; se trata de asesinar a todos porque en El Salvador ya son muy pocos los que se aterrorizan.

¿EL ESLABON MAS DEBIL?

Aunque El Salvador es un país con un buen conjunto de peculiaridades que le confieren una fisonomía asaz singular, se ve afectado por una serie de problemas de carácter estructural que comparte con la mayor parte de los países de América Latina, y muy en particular, con los países centroamericanos.

El Salvador es un país poco conocido, pero aun las personas que tienen escasa noticia de él lo imaginan como notoriamente pobre y escasamente avanzado, habitado por multitudes paupérrimas a punto del hambre, con magra relevancia en el "concierto internacional", con una economía, en fin, sumamente subdesarrollada y con instituciones políticas y culturales primitivas. Conocer y estudiar a El Salvador no destruye esa imagen: por el contrario, la confirma enteramente. Si existe en el mundo una lucha con mayor justificación que la que emprenden las masas salvadoreñas para rebasar el atraso, tal lucha debe ser plenamente apoyada por todos los hombres del mundo, ya que el combate salvadoreño por el acceso a una sociedad mejor organizada y más

justa es, verdaderamente, una necesidad apremiante.

La barbarie y el primitivismo de los regímenes políticos centroamericanos, cuyo componente coercitivo y represivo es indudablemente dominante, tiene añejas raíces; pero en la coyuntura actual han adoptado otra fisonomía más "moderna", más "tecnocrática", más "funcional y eficiente". Ello se debe, fundamentalmente, creemos, el ascenso de las luchas populares en Centroamérica, cuyo logro más notable es, desde luego, la gran victoria popular en Nicaragua. Los antiguos dictadores centroamericanos (Ubico, Carías, Somoza el primero, Maximiliano Hernández y otros), personeros y servidores del capital extranjero y de las oligarquías terratenientes, fueron importantes impulsores y catalizadores de los procesos de acumulación en las zonas por ellos dominadas y, ciertamente, muchos de estos procesos fueron abiertos y llanamente característicos de la denominada acumulación "primitiva" (saqueos, despojos de tierras, asesinatos de indígenas y campesinos, mecanismos coactivos y obligatorios para reclutar mano de obra, etc.). A este respecto, debemos recordar —en lo que a El Salvador se refiere— que el 9 de marzo de 1882 se decretó la ley de extinción de ejidos, durante la presidencia de Rafael Zaldívar. Dicha ley fue la luz verde para finqueros y terratenientes que pronto despojaron de

sus tierras a los trabajadores rurales, desarrollándose así, de forma vigorosa, un proceso de concentración latifundiaria, mientras que, de añadidura, se incrementó notoriamente un amplio campesinado minifundista, el cual se mantenía con grandes dificultades, al borde de la subsistencia. Un producto de exportación, el café, despertaba la codicia de terratenientes y negociantes, y, en efecto, grandes fortunas se desarrollaron en El Salvador y en otras partes de Centroamérica, gracias a la economía cafetalera.

Los dictadores centroamericanos eran los gendarmes encargados de vigilar la buena salud de esta acumulación sanguinaria y capitalista; los decretos de Barrios en Guatemala, semejantes en sus efectos a la ley que mencionamos antes en El Salvador, posibilitan la formación de una élite oligárquica-terrateniente "moderna", ligada con los procesos de exportación. Por supuesto, todas estas leyes no hacen sino sancionar procedimientos y mecanismos que ya operaban en la realidad.

Asimismo, la oligarquía no es más que la personera nativa del capital extranjero; convertidas las naciones centroamericanas en "banana republics", son la expresión más nítida del dominio imperialista, y las compañías norteamericanas, como la *United Fruit Co.*, imponen gobernantes —prueba de ello es el caso de Carías en Honduras— y derrocan otros —recuérdese la trágica expe-

riencia de Arbenz en Guatemala, en 1954— con un *tupé* descarado y un total desprecio a las soberanías nacionales de los países centroamericanos. El ejemplo más claro de gendarme impuesto por la dominación imperialista fue el de Anastasio Somoza, asesino de Sandino y ejemplo primero y arquetípico de lo que P.J. Chamorro llamó la "estirpe sangrienta" que padeció Nicaragua durante más de 40 años.

Centroamérica se caracterizó siempre, al menos en apariencia, y después de la derrota de Sandino (y de Farabundo Martí y sus huestes en El Salvador), por ser una zona "segura" para el imperialismo. Los intentos encaminados a democratizar el régimen social, como los efectuados en Guatemala, a partir de 1944, fueron efímeros y terminaron aplastados por la intervención imperialista. La satelización de Centroamérica era firme y sólida, y los países del área se utilizaron en la década de los sesentas como peones del imperialismo, a efecto de aislar y atacar a la isla revolucionaria: Cuba. Las tentativas revolucionarias de establecer frentes guerrilleros casi siempre padecieron de graves irregularidades, y fueron con frecuencia aniquiladas por la represión. Los Somoza se contemplaban a sí mismos como símbolos indestructibles de este enraizamiento de la "razón" y el poder imperialistas.

Y, sin embargo, en la década de los setentas, y especialmente

a fines de ella, el panorama parece cambiar. Oleadas de inconformismo y de actividades revolucionarias empiezan a sacudir la epidermis política de Centroamérica, incluso en la "democrática" Costa Rica y en Panamá, no solamente en las sucursales guatemalteca, hondureña, salvadoreña y nicaragüense del Averno. En Guatemala, el movimiento popular armado se reorganiza y responde enérgicamente a la bestial violencia antipopular. Sindicatos y partidos resurgen en Honduras, y obligan a los gobiernos pro imperialistas a dar marcha atrás en muchos de sus proyectos. En Nicaragua, la lucha popular extiende sus acciones armadas contra la dictadura, a la cual derrocan en 1979. En Panamá, el combate por la recuperación de la soberanía sobre el Canal y contra la dominación capitalista e imperialista asciende cualitativamente. En El Salvador, acontecen hechos significativos a los que nos referiremos más adelante.

El subcontinente latinoamericano se caracteriza ahora por la coexistencia de un país socialista —Cuba— con varias formaciones sociales en las que predomina el capitalismo. De estas, algunas gozan de una relativa estabilidad con regímenes políticos de fachada democrática —México, Venezuela, Costa Rica, Ecuador— y otras soportan brutales regímenes autoritarios y despóticos de tipo militar, que ejercen represiones masivas contra los sectores populares

e instrumentalizan políticas entreguistas favorables a los capitales transnacionales —Argentina, Chile, Brasil, Uruguay y ahora Bolivia—. Colombia, en estado de sitio, hace más de 20 años, es considerada, sin embargo, "aún democrática", dada la presencia en ella de instituciones supuestamente representativas, como el Parlamento, los tribunales civiles, cierta libertad de prensa, etc. Es evidente, por lo demás, que el Ejército colombiano domina cada vez más en la conducción de la política, acentuando sus dimensiones represivas y antipopulares. La dictadura haitiana, auténtico anacronismo del Caribe, subsiste al lado de la República Dominicana, donde un gobierno pretendidamente progresista pone en práctica una política escasamente favorable a las masas trabajadoras.

En este marco, el "eslabón más débil de la cadena" parecen ser los países centroamericanos. El avance revolucionario en el área, marcado decisivamente por la victoria popular en Nicaragua, es expresión del carácter crecientemente antagónico de las contradicciones principales que se dan en la misma. Por su cantidad y, sobre todo, por su calidad, estas contradicciones empujan aceleradamente a su propia resolución, transformando el área en una región donde el cambio social se impone apremiantemente, y donde tal cambio será definido por su carácter socialista. El continuo progreso revolucionario muestra con claridad los

fracasos del imperialismo y las burguesías regionales para imponer un proyecto de desarrollo capitalista, y en este marco, la guerra entre Honduras y El Salvador, en 1969, y el fracaso del Mercado Común Centroamericano como impulsor de la modernización, precedieron a la eclosión revolucionaria contemporánea. A fin de cuentas, los intentos integracionistas se han frustrado, y solamente el capital transnacional se ha beneficiado, mientras los países centroamericanos siguen dependiendo para su desarrollo de unos cuantos productos de exportación.

Para algunos autores, la situación en Centroamérica es preocupante para los círculos del poder en Norteamérica, no tanto debido a su importancia económica, sino fundamentalmente a su relevancia estratégico-política. La inversión extranjera o la penetración del capital y las empresas transnacionales carecen de la magnitud con que se presenta en otros países, y lo que pudiera denominarse "pérdida de Centroamérica" no sería un rudo golpe para la economía imperialista. Así, Luis Maira nos informa que:

"La inversión norteamericana en los cinco países centroamericanos se estima por el Departamento de Estado en alrededor de 750 millones de dólares, lo que representa sólo el 0.5% de la inversión extranjera directa glo-

bal de Estados Unidos; el comercio total anual de Estados Unidos con la subregión es de alrededor de 1.8 millones de dólares, y representa menos del 1% del comercio exterior de Estados Unidos. En la óptica norteamericana, los países centroamericanos no suministran, ni al parecer poseen, ninguna materia prima estratégica para su economía (esta afirmación habría que matizarla en función de los descubrimientos de yacimientos de energéticos en Guatemala, FJG), pero, en cambio, dependen fuertemente de Washington para sus abastecimientos de maquinaria y equipos, para la colocación de su producción agropecuaria, y para obtener los recursos financieros que les permitan expandirse".¹

Una victoria de la izquierda en El Salvador, aunada con el triunfo popular en Nicaragua, alteraría de manera decisiva la correlación de fuerzas en Centroamérica, alentando a las masas populares de Guatemala, Honduras, Costa Rica y Panamá, a arreglar cuentas con sus propios opresores (no gratuitamente Honduras se ha convertido en re-

¹ Maira, Luis. "Fracaso y reacomodo de la política de Estados Unidos hacia Centroamérica", en *Foro Internacional*, vol. XX, abril - junio de 1980, Núm. 4, El Colegio de México, México.

ceptáculo favorito para inversiones y préstamos norteamericanos). La influencia de estos triunfos se haría extensiva a la zona del Caribe, con el consiguiente peligro para la dictadura haitiana y para las "democracias" del área. La influencia de Cuba en Centroamérica se convertiría en un elemento político fundamental del desarrollo en la región, y, a largo plazo, en toda América Latina se haría sentir la influencia del avance popular centroamericano, posibilitando así la organización popular para aniquilar a las sanguinarias y asesinas dictaduras del sur del continente. Es claro que para los Estados Unidos, para su régimen plutocrático, las perspectivas son sombrías si la izquierda salvadoreña vence y la revolución nicaragüense se profundiza; por lo cual no se puede descartar la posibilidad de que los norteamericanos invadan el país más pequeño de América.

Además, si bien el área centroamericana, como señalamos antes, no tiene la importancia económica que para el imperialismo tiene otras zonas, no es, tampoco, una región totalmente carente de importancia en lo que a tal efecto se refiere. De hecho, la penetración del capital transnacional se ha configurado como uno de los fenómenos más importantes que se dan en la Centroamérica contemporánea, y el paso de las economías de enclave (las "bananas republics") a economías más desarrolladas de tipo industrial

y basadas en la diversificación agrícola fue impulsado por las tendencias integracionistas que, desenvolviéndose en la década de los cincuenta, fructificaron en el tratado general de integración económica, firmado en 1960 por los países centroamericanos. El tratado no hizo más que favorecer la intrusión del capital extranjero, aportador de los insumos que requerían los proyectos industriales y reclutado básico de la mano de obra. Ya Rosenthal apuntaba que para 1967, de 187 empresas transnacionales existentes en los Estados Unidos, 120 tenían subsidiarias en Centroamérica (90 de estas empresas se habían instalado a partir de 1957).² En realidad, el dominio imperialista se ha vuelto más complejo y profundo (y por otro lado se diversifican capitales, europeos y japoneses, que entran a competir con los norteamericanos).

La nueva función del capital transnacional en la región consiste en apoyar procesos de ampliación del mercado interno centroamericano para los productos de las transnacio-

² Rosenthal, G. "Algunos apuntes sobre el grado de Participación de la Inversión Extranjera Directa, en el proceso de integración económica centroamericana", en la obra de Karl Stanzick, *Inversiones Extranjeras y Transferencias de Tecnología en América Latina*, FLACSO, Santiago de Chile, 1972.

nales (a diferencia de las economías de enclavé, que no procuraban el desarrollo del mercado interior); por lo demás, incorpora a Centroamérica en el mecanismo de las "ventajas comparativas", es decir, impulsa una explotación agroindustrial-ganadera (y descampesinizadora) que transforma el área en suministradora de alimentos a las potencias metropolitanas (Costa Rica no surte de carne a la mayor parte de su población; pero, a cambio de ello, la exporta en una buena proporción) y pretende establecer industrias intermedias o de maquila, en base a la explotación de mano de obra barata, que se encuentra abundante en la región (es decir, establecer regímenes de explotación industrial semejantes a los que se encuentran en la frontera norte de México, en Hong Kong o en Formosa). Las compañías transnacionales, desde luego, gozan de multitud de privilegios y prebendas, entre ellos, claro está, el de no enfrentar poderosos movimientos sindicales organizados, que en caso de empezar a desarrollarse son reprimidos por los gobiernos, las múltiples exenciones fiscales, las asociaciones ventajosas con las burguesías nativas, etc.

En la actualidad, más de 500 empresas transnacionales y múltiples subsidiarias se han establecido en Centroamérica, la gran mayoría de ellas de origen norteamericano.

El tipo de economía que rige en la región no ha hecho más que

acrecentar la dependencia de la misma —acrecentando también la formación de una burguesía "nacional" asociada con el capital imperialista y nutrida por él; ha elevado brutalmente los índices de explotación de la economía y del trabajo humano, mientras pauperiza y descampesiniza a grandes sectores de la población, que no encuentran empleo en países de débil estructura industrial (para 1970, el índice de desempleo en la región era de 45% aproximadamente); la deuda externa ha crecido notoriamente (hay que recordar que *sólo* el gobierno somocista dejó una deuda de más de mil millones de dólares) y, en general, los problemas del analfabetismo, la desnutrición, la falta de salud y de servicios asistenciales, etc., no solamente no se amortiguan, sino que paulatinamente son más graves. Y todo ello en países donde los presupuestos armamentistas son increíblemente grandes (y se utilizan obviamente, para reprimir al pueblo).

Frente a esta situación, las masas populares se organizan con mayor eficiencia y combatividad para hacer frente a un capitalismo enormemente rapaz y expoliador. Hay quienes llaman "locos" a los trabajadores nicaragüenses que se enfrentaron a los aviones somocistas, o a los obreros y campesinos salvadoreños que constante y cotidianamente se exponen a las balas de uno de los ejércitos más brutales de América. En realidad, los pueblos de Centroamérica han

llegado a sentir en carne propia la inutilidad de perseguir una existencia traumática y desmoralizante, bajo los efectos de la opresión y de la explotación. Los trabajadores de la región no buscan la muerte; pero la prefieren, como un mal menor, al mundo de porquería en que desenvuelven sus vidas (si es que estas se les puede llamar así).

PULGARCITO CONTRA LOS GIGANTES

El Salvador, país *sui géneris* en Centroamérica, es la nación más pequeña del continente, con una superficie de 21,393 km² y cerca de 5 millones de habitantes, tiene, según datos de 1971, aproximadamente, un 50% de analfabetos. Sigue dependiendo fundamentalmente de la exportación de café para el desarrollo de su economía. El producto, por supuesto, se consume preferentemente en los Estados Unidos (la reciente baja de los precios cafetaleros, que afecta desventajosamente a países como Brasil, ha sido altamente perjudicial para la economía salvadoreña).

El país salvadoreño, de tan escasa extensión, tiene, sin embargo, una elevada densidad de población, que sobrepasa de 100 habitantes por kilómetro cuadrado. El incremento demográfico es análogo al mexicano —3.5%—, y desde luego,

las masacres antipopulares, pese al gran número de muertes que causan, no varían este panorama. En un país sin industrias, de gigantescos latifundios y de minifundios paupérrimos, la falta de trabajo afecta con gran frecuencia a los trabajadores salvadoreños. Es claro que la existencia de una gran masa laboral abate los salarios de los trabajadores, y una familia campesina parvifundista tiene que arreglárselas con 400 dólares al año. La gran mayoría de la población rural vive en la miseria, desocupada buena parte del año, y teniendo que laborar en ocupaciones aledañas a la agrícola —como cortar leña— a efecto de complementar sus ingresos. De unos 300 días hábiles al año, el trabajador rural salvadoreño labora unos 100, 110, aproximadamente.

Aunque el país ha crecido industrialmente, ello no ha redundado en un incremento del empleo, dado que la industria opera según criterios y técnicas de rentabilidad capitalista, maquinizando y automatizando sus unidades de producción, desplazando mano de obra. Las masas salvadoreñas sin empleo siempre han buscado fórmulas para solucionar su situación, y una de ellas es el bracerismo, la migración. Los trabajadores rurales salvadoreños son altamente móviles, y antes de la guerra con Honduras, laboraban en muchas empresas de este último país. La migración a los Estados Unidos es importante, aunque, desde luego,

no tan importante como la mexicana. La elevada densidad demográfica del país y su escasa extensión territorial han dado pie para que algunos "estudiosos" señalen tales fenómenos como los determinantes esenciales de la situación anómala del país, todo ello dentro de un pedestre maltusianismo. En realidad, la poco envidiable situación salvadoreña nace básicamente de la estructura deformada, dependiente e irracional de un capitalismo tardío y atrasado. J.M. Alponente escribe que:

"en el censo de 1971... 305 mil familias salvadoreñas estaban concentradas sobre 42 mil 692 hectáreas; seis familias, disponían, al revés de 71 mil hectáreas. El resultado es una agricultura de infrasubsistencia que ha producido, en todas sus piezas, la categoría histórica de la marginalidad... y el hambre... El Instituto Nutricional para Centroamérica y Panamá señala que El Salvador posee el nivel más bajo de calorías *per cápita* de la zona, y que el 73 por ciento de los niños menores de cinco años sufren los efectos de la desnutrición. Más aún: que de cada mil niños nacidos vivos, 63 no sobrevivirán un año. Se estima, por otra parte, que el 80 por ciento de las viviendas rurales tendrían que ser demolidas, mientras que el desempleo y el subempleo afecta a la mitad de la fuerza de trabajo.

Dependiendo el país, en un 42 por ciento, de sus exportaciones del café (con el algodón representando el 10

por ciento y el azúcar el 8.6) parece ostensible que sólo una transformación estructural profunda hubiera podido evitar la explosión social... San Salvador, la capital, en virtud de la agnía de las masas migratorias, está teniendo un incremento demográfico superior al siete por ciento anual. En su conjunto, las principales ciudades del país están sufriendo una explosión urbana (sin ninguna de las infraestructuras adecuadas) del 6.24 por ciento".³

Las "catorce familias" de las que se habla al hacer referencia a los sectores dominantes en El Salvador, se desarrollan históricamente en función, básicamente, de la explotación cafetalera. Esta oligarquía, que basa su poder en la posesión de la tierra, es un grupo entreguista y retrógrado, y es un típico producto de la integración del país al mercado mundial. El Salvador, que en la época colonial era parte de la Capitanía General de Guatemala, vio crecer en su territorio una economía fundada en el cultivo y exportación del añil, y con una cierta diversificación productiva (cacao, tabaco, añil, etc.). Todavía en la época independiente, el añil constituyó un elemento básico para la subsistencia del país; sin embargo, la conversión de este en una

³ Alponente, Juan María. "Realidades salvadoreñas". Diario *Uno más uno*, sábado 9 de agosto de 1980, pág. 9, México.

auténtica dependencia de las fluctuaciones de la economía mundial capitalista no se da sino hasta que aparece la economía cafetalera.

Ya hacia la culminación de la primera mitad del siglo XIX, Costa Rica era un importante exportador de café, mientras que El Salvador dependía aún fundamentalmente del añil; de hecho, este último producto aún tenía notable importancia a fines del siglo citado antes. El café empieza a cobrar especial relevancia en los años sesentas del siglo XIX, bajo la presidencia de Gerardo Barrios; a partir de entonces, el café se convierte en el principal grano de exportación, y, en buena parte, de la historia salvadoreña; el café ha constituido cerca del 90% del total de exportaciones. Aún hoy, cubre casi la mitad de ellas. Por supuesto, casi todo el café exportado es consumido por los Estados Unidos.

Era necesario que los grandes cafetaleros desarrollaran una fuerza de trabajo idónea para sus empresas, y esa fuerza de trabajo era, desde luego, la de los campesinos salvadoreños. La ley de extinción de ejidos, de 1882, a la que hicimos alusión previamente, facilitó el proceso tendiente a conformar la mano de obra necesaria para los cafetales. Los despojos de tierra en gran escala y la aniquilación de las tierras comunales impulsaron la formación de grupos laborantes que no contaban más que con su fuerza de trabajo, y esta la empleaban en trabajar

en las fincas cafetaleras. El Salvador, país pequeño, donde la tierra ya era escasa hace 200 años, y donde la población crecía con prontitud, se encontró presa de un capitalismo ávido que llevó a cabo rápidamente la concentración de la primera y el reclutamiento laboral de la segunda. A diferencia de lo que sucedía en Costa Rica, la pequeña propiedad era desplazada, y las formas precapitalistas de producción desaparecían de manera más expedita que en otros países de América Latina. A partir de la agricultura comercial de exportación, crecía la oligarquía terrateniente y "desfeudalizaba" prontamente el país. Pero la contrapartida no era el desarrollo de un capitalismo avanzado; las ganancias y rentas de la oligarquía no tenían generalmente un destino productivo; los bienes suntuarios y los viajes a Europa y los Estados Unidos se convirtieron en los anhelos más preciados de los oligarcas, y la diversificación y el crecimiento agrario e industrial nunca fueron sus metas. Frente a este grupo de *élite*, masas pauperizadas de semicampesinos y semijornaleros se trasladaban fluidamente de un lugar a otro, por todo el país, en busca de "agencias" laborales que los emplearan (como, por lo demás, sucede en la actualidad). El trabajo asalariado cubrió con rapidez el paisaje social salvadoreño.

En esta situación de capitalismo dependiente y atrasado, en la cual los sectores precapitalistas han per-

dido gran parte de su peso, y en la cual, debido al subdesarrollo, no se han formado capas-colchón intermedias que tengan algunas ventajas, a partir de la redistribución de la plusvalía social, el enfrentamiento de clases es mucho más abierto y polarizado. En El Salvador, la violencia del encuentro interclasiista es muy grande (y lo es desde hace mucho tiempo) en la medida en que los elementos mediadores y arbitrales están ausentes o son muy débiles (la democracia-cristiana, al igual que en otros países de América Latina, han intentado en El Salvador jugar el privilegiado papel de gran y principal fuerza de mediación. Su fracaso ha sido ostensible y su desenmascaramiento como base de apoyo de la oligarquía y del imperialismo ha sido prácticamente total). Además, el hecho de que el capitalismo salvadoreño haya carecido de una base de masas (lo que ha redundado por ejemplo, en la pobreza de sus intentos populistas, a diferencia de otros capitalismos latinoamericanos que en determinadas épocas se han apoyado en las masas obreras y campesinas como fuerzas propulsoras) ha obstaculizado su avance y profundización, y lo ha obligado a depender casi siempre de un aparato estatal con predominancia militar.

La penetración de este capitalismo enano, pero ferozmente destructor, ha tenido también consecuencias importantes en otras es-

feras de la vida social salvadoreña. Lo que pudiéramos llamar componentes básicos de una cultura indoeuropea o mestiza, tan importantes en otras partes de América Latina, han sido, en gran medida, eliminadas por la mercantilización y el aburguesamiento del país. Así, la mayor parte de los grupos indígenas han perdido sus importantes tradiciones nahoas, pipiles o mayas. El sustrato cultural ibérico —menos importante que en Guatemala o en México, ya que, en cierta manera, El Salvador era una región periférica del imperio español— no enraiza en la vida social del país, gobernada por una burguesía mezquina, de orientación entreguista y "sajonista", que desprecia a las tradiciones "guanacas" (en este marco, no deja de llamar la atención que en un país como México, por razones históricas que no vamos a exponer aquí, goce de tanta influencia en el más pequeño país de Centroamérica).

En función de lo anterior, se desprende que los grupos revolucionarios de El Salvador no sólo luchan por erradicar las relaciones de explotación y los mecanismos de opresión, sino también por desarrollar las bases de una cultura nacional progresista y popular de raíces históricas.

Edelberto Torres ha apuntado con claridad el carácter expoliador del capitalismo salvadoreño y su acelerada penetración, al señalar que:

“La particular estructura territorial y demográfica de El Salvador hizo que prácticamente todo el territorio nacional estuviese, ya a principios del siglo XIX, repartido entre haciendas, tierras ejidales y propiedades comunales. La política de los gobiernos conservadores y liberales, antes de 1870, fue dotar de terrenos a los pueblos y villas del interior, de tal manera que la constitución de la hacienda cafetalera se produce literalmente a costa de la economía de subsistencia refugiada en aquellas tenencias.

En poco más de 25 años se dictaron disposiciones que alteraron la estructura agraria formada durante siglos; la obra fue iniciada por el presidente Zaldívar, y completada por los sucesivos gobiernos liberales... La extensión de las tierras que estaban bajo el régimen ejidal o de comunidades era un gran obstáculo a la constitución de la gran explotación capitalista y cohibía la concentración de la tierra que se buscaba por todos los medios, al punto que antes de la reforma, los emergentes hacendados cafetaleros alquilaban o se apoderaban por medios ilícitos de tales tierras. Para un campesino parcelario era imposible alterar la rutina tradicional, dejar de sembrar maíz o yuca, y esperar los cinco años promedio para recoger la cosecha de café. De ahí la incongruencia del decreto de marzo de 1879 que buscaba premiar la economía familiar de subsistencia, si cambiaban de rubro productivo, y que negaba el acceso a la misma a los cose-

chadores de productos tradicionales. Una sorda lucha se produjo entre las municipalidades de los pueblos, representantes de los pequeños tenedores que reivindicaban la propiedad ejidal y las haciendas en formación. El tránsito de la mutación de las tierras proindiviso (ejidales y comunales) a propiedad particular, es sin duda la historia de la conversión de la economía de subsistencia en agricultura de exportación; fue un proceso que condujo paralelamente en el último cuarto del siglo XIX a la división de la tierra y su posterior concentración y a su cercado”.⁴

El Salvador y su producción de café, por lo demás, no se convirtieron en un agente receptor privilegiado del capital extranjero. A diferencia de Guatemala u Honduras, el país no se desarrollaba como una “banana republic”. Esto no significa, de ningún modo, que la república salvadoreña fuera un país independiente y soberano. Su dependencia del mercado mundial y del monopsonio norteamericano (que además, no era total; países como Alemania también se han destacado como consumidores del café salvadoreño), le ubicaban con precisión como parte subordinada y dependiente en el sistema capitalista internacional. Por otro lado, el capital extranjero sí tuvo una par-

⁴ Torres Rivas, *et al.*: *Centroamérica hoy*. Ed. Siglo Veintiuno, México, 2a. edición, 1976, págs. 54-55.

participación importante en la construcción de la denominada "infraestructura" para la comercialización del grano. Inversiones norteamericanas y británicas fluyeron con el fin de hacer posible la apertura de caminos, vías de comunicación, transportes, energía eléctrica, etc. El cultivo y la exportación del café quedaron en manos de las llamadas "14 familias"; los Dueñas, Guirola, Regalado, Sol, Salaverría, Borgonovo, Deininger, etc., personajes que han llegado a tener más tierras que el contingente mayoritario de la población. En 1961, seis (no catorce) familias tenían tanta tierra como el 80% de la población rural.⁵

En un importante trabajo, Rafael Antonio Arce, muerto en la lucha contra la oligarquía, intentó caracterizar el tipo de explotación capitalista nucleada en la producción cafetalera, e indicó que la oligarquía combina las categorías económicas de la propiedad territorial y del capital:

"la oligarquía cafetalera es capitalista en tanto invierte una determinada cantidad de valor (bajo la forma de dinero) para comprar medios de pro-

ducción, y sobre todo para comprar fuerza de trabajo; valor que en el curso de la producción es incrementado a su vez; esta implantación del capital en la caficultura en un contexto de integración al sistema capitalista internacional, lleva a que se sobrevalorice el capital invertido al obtener no sólo la ganancia correspondiente a éste, sino, sobre todo, al obtener una sobreganancia, que llega a manos de la oligarquía en virtud de su calidad de terrateniente y que se convierte así en renta diferencial".⁶

Para Arce, este régimen parasitario basa su poder más en la renta diferencial (que se desarrolla en tanto que el precio de producción del café es impuesto en relación a la productividad de los terrenos brasileños); invierte escasamente, teniendo grandes beneficios; renueva muy poco el capital constante, y estriba, sobre todo, en la explotación del capital variable. La oligarquía se ha apoderado de las principales tierras, y no ha dejado espacio a los pequeños productores. Este régimen de podredumbre explota brutalmente a los trabajadores, y ha apoyado su poderío en la constitución de un Estado a su servicio.

⁵ Burke, Melvin. "El Sistema de Plantación y la Proletarización del trabajo agrícola en El Salvador". *Estudios Centroamericanos ECA*, Núms. 335-336, septiembre - octubre 1976, pág. 473.

⁶ Arce, Rafael A. "El Salvador: Renta internacional del café y configuración capitalista". *Teoría y política*, Núm. 1, abril - junio 1980, pág. 83. México.

LA REBELION DE 1932

Los grandes señores del café impusieron gobernantes al pueblo salvadoreño, no sin la resistencia de este, por lo que, en 1912, se crea una Guardia Nacional para enfrentar los embates de los trabajadores. Pero la crisis de 1929, da al traste con el "boom" cafetalero. Las exportaciones se vienen abajo, y pasan de 16 millones de dólares en 1928 a 4.8 en 1932. La crisis produjo un brutal abatimiento del nivel de vida, y gran número de trabajadores emigraron a los países vecinos, particularmente a Honduras.

Los trabajadores empiezan a desarrollar organizaciones de resistencia —ya en los primeros años de la década de los veinte generan huelgas y paros— y, en 1924, se funda la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador, influida por la Internacional Comunista. El gobierno prohibía la constitución de agrupaciones laborales; pero la FRTS organiza a los trabajadores textiles, pesqueros, ferrocarrileros, artesanos, campesinos y jornaleros. Gracias a su lucha, ganan el derecho a la jornada de 8 horas y la facultad para sindicalizar trabajadores urbanos. Varios de los miembros de la FRTS fundaron asimismo, en 1930, el Partido Comunista Salvadoreño. La crisis mundial y el local agudizó las contradicciones, creándose en este marco una situación preinsurreccional con huelgas, tomas de tierras, saqueos

de tiendas, levantamientos locales, etc. En este caos, una fracción liberal de la oligarquía llega al gobierno mediante elecciones libres; pero es derrocada por un golpe de estado que coloca en la Presidencia al psicópata Maximiliano Hernández Martínez, militar típico representante de la oligarquía, que gobernará al país hasta 1944.

El joven Partido Comunista Salvadoreño, que organizaba a los trabajadores de las zonas cafetaleras y a otros núcleos aliados (especialmente en el Occidente), venció en una serie de elecciones locales y municipales; pero sus victorias fueron desconocidas por los autores del golpe de estado. En estas condiciones, el PC llamó a la insurrección para enero de 1932 (por lo demás, en muchas partes del país las masas se lanzaban espontáneamente al combate). El principal dirigente del PC —héroe de la clase obrera latinoamericana—, Agustín Farabundo Martí, exiliado en 1920, viajó por México y Centroamérica ejecutando trabajos de agitación revolucionaria. En 1925, fundó el Partido Socialista Centroamericano. En 1928, se convirtió en secretario y asesor del General Sandino. En 1930, regresó a El Salvador.

La rebelión de 1932 estalló en enero, y pese a su derrota, es un gran antecedente de la aspiración al *socialismo* en América Latina (en este sentido, trasciende la lucha encabezada por Sandino, que fue

un punto culminante del movimiento antiimperialista; paro que no tenía un contenido socialista). La rebelión de 1932, rebelión de trabajadores, estableció soviets en varias partes del país, e intentó llevar al poder a los trabajadores. Sin fuerza militar, y sin una estrategia política adecuada, la insurrección fue aplastada y el Ejército y las fuerzas paramilitares aniquilaron a cerca de 30,000 trabajadores. Martí y sus lugartenientes Zapata y Luna fueron fusilados. La masacre tranquilizó a la oligarquía y sus adláteres. Pero la rebelión señaló el camino a la revolución.

En 1944, la dictadura de Martínez es derrocada; pero la oligarquía, en octubre, vuelve a colocar a un agente suyo en el gobierno: el coronel Osmín Aguirre, sucedido por el general Castañeda Castro. El llamado "golpe de los mayores" de 1948, tiró a Castañeda, y abrió paso a fuerzas modernizadoras que transformaron el Estado en promotor de la industrialización (tratando de atraer al capital cafetalero a la industria), de la construcción de una significativa infraestructura, y de la asociación con el capital monopolista extranjero, fundamentalmente norteamericano. Los cultivos de exportación se diversificaron, y el algodón y el azúcar se cultivaron como productos vitales.

Desde la llamada "revolución del 50" ha venido ampliándose un estrato monopolístico de la burguesía nativa y el sector capitalista

estatal, financiados por el imperialismo norteamericano. Las transnacionales han sido núcleo básico del proceso de industrialización, y el capital extranjero ha penetrado profundamente en la banca salvadoreña. De país de enclave, El Salvador pasó a ser un gran mercado de insumos, maquinaria, artículos elaborados y semielaborados, provistos por las potencias imperialistas. Su mano de obra barata se ha constituido en base para empresas de maquila, y la industria ha crecido amamantada por las agencias financieras internacionales. El capitalismo domina, y la oligarquía cafetalera deviene en financiera (lo que no invalida múltiples remanentes de carácter precapitalista que subsisten en el país). En este marco, el Tratado de Integración Centroamericana de 1960 y la creación del Mercado Común Centroamericano catalizaron el desenvolvimiento de la burguesía salvadoreña.

Un grupo de investigadores norteamericanos ha descrito este proceso, señalando que:

"La industrialización, prioridad de los modernizadores, tomó la forma de la sustitución de importaciones, y así, se crearon industrias para producir bienes que antes se importaban. El problema que se presentó fue obvio. La concentración de la riqueza en tan pocas manos demostraba que el mercado interno era estrecho, reducido a unos cuantos privilegiados. . .

Ante ello, una solución obvia era resquebrajar las grandes concentraciones de tierra poseída por cafetaleros, azucareros y algodoneros. En teoría, podía surgir un grupo de pequeños cultivadores con poder adquisitivo para apoyar el crecimiento industrial. La dependencia salvadoreña en la importación de alimentos básicos, el costo de abastecimiento de su fuerza de trabajo, deberían ser reducidos.

Eso, en teoría, políticamente, era el suicidio. La reforma agraria significaba violar el pacto que había llevado a los "modernizadores" al poder: la tierra no debería ser tocada.

A medida que avanzaba el desarrollo, desde los años cincuentas, incluso los terratenientes empezaron a diversificar sus inversiones. Pero se sobreentendía que ningún programa, ningún gobierno, nadie ni nada, podían afectar los pilares de su riqueza. Todo desarrollo se haría a partir de los patrones existentes de tenencia. . .

La integración económica —expresada en una zona de libre comercio que permitiría el flujo irrestricto de bienes, capital y personas entre las cinco repúblicas centroamericanas— fue el camino escogido para llegar a la industrialización. Ello obviaba las reformas estructurales, o al menos, así lo pensaba la burguesía".⁷

La integración, en realidad, terminó por convertirse en un instrumento para la penetración del capital norteamericano. El comercio intrarregional apenas se elevó, mientras crecía el dominio norteamericano. Se presentaron desigualdades y graves contradicciones entre los miembros menos desarrollados del Mercado Común (Honduras y Nicaragua) y los más avanzados (El Salvador y Guatemala). Honduras empezó a combatir la inundación de bienes salvadoreños, y la emigración de la fuerza de trabajo de los vecinos de Occidente. Una tímida reforma agraria expropió tierras a los inmigrantes salvadoreños, y se expulsó a muchos de ellos. Por su parte, la oligarquía salvadoreña intentaba resolver sus problemas de desempleo y falta de tierras "colonizando" informalmente a Honduras. Por lo cual, envió sus tropas a este último país, en julio de 1969. La OEA tuvo que intervenir para detener la guerra; pero ya la integración estaba herida de muerte. El retorno de salvadoreños a su suelo nativo agravó los problemas locales; no se les concedieron tierras, y estos trabajadores se unieron a los que ya mostraban su inconformidad previamente. La lucha de clases se agudiza y el fermento revolucionario emerge.

⁷ "El Salvador-why revolution?" en *Nacra, report on the Americas*. Vol. XIV, Núm. 2. marzo-abril 1980, págs. 10-11. Boston U.S.A.

LA REVOLUCION SALVADOREÑA

Después de la brutal represión del 32, la clase obrera, los campesi-

nos y sus aliados, reconstruyen lentamente y con dificultades sus organizaciones. En 1944, se funda la Unión Nacional de Trabajadores; en 1947 —desaparecida la UNT— se forma el Comité de Reorganización Obrero Sindical, bárbaramente reprimido. Sin embargo, los obreros llegan después a constituir la Confederación General de Trabajadores de El Salvador (CGTS). Sin embargo, esta central cae bajo la influencia de una fuerte lucha interna entre elementos gobiernistas y antigobiernistas; el PCS, por su parte, funda una Federación Unitaria Sindical, golpeada por la represión.

Un grupo de autores sostiene que en este período “la oligarquía” también sufre pugnas internas; en el 49, el Partido Pro Patria es sustituido por el de la Unificación Democrática, que representó los mismos intereses que su antecesor: los de la oligarquía en su conjunto, sucediéndose los fraudes electorales y los golpes de Estado como único recurso para llegar al poder.

El final de los 50s es la época del triunfo de la revolución cubana, de la Alianza para el Progreso y los intentos de regionalización económica; es la preparación para impulsar el adelanto teorizado por el CEPAL; en Centroamérica, todo esto alcanza su concreción en el MERCOMUN, como una tentativa de ampliación de los mercados internos.

La composición de clases con que El Salvador enfrenta esta nueva etapa

de desarrollo abarca una oligarquía financiera con fuertes intereses cafetaleros, pero cuya fuerza se apoya en la industria y en las finanzas; un creciente, pero desorganizado proletariado, fortalecido en los procesos agroindustriales; dos sectores burgueses modernizantes, el uno industrial salido de la burocracia estatal, y ya sin nexos con la oligarquía cafetalera (?), y el otro, enriquecido con el cultivo de la caña de azúcar y el algodón en tierras rentadas a la oligarquía, y los cuales más tarde contribuyen a la integración de la burguesía financiera; y, finalmente, una pequeña burguesía de origen artesanal (en realidad en el esquema faltan los campesinos y otras clases, FJG).⁸

El avance “modernizador” es, en definitiva, frustrante. El crecimiento de la industria se da sin un desenvolvimiento correlativo de la absorción de la fuerza de trabajo, incrementándose con ello la pauperización de las grandes masas. La ampliación del producto nacional a fin de elevar el nivel de vida de los trabajadores no tiene efectos redistributivos de importancia: el desempleo rural y urbano alcanza proporciones de gran magnitud. Como el “pacto social”, según vimos anteriormente, impide llevar a cabo una

⁸ CANALES, A. *et. al.*, “La lucha Salvadoreña, historia y perspectivas”, *Territorios*, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, julio-agosto, 1980, Núm. 3, págs. 4-5.

sólida y profunda reforma agraria, la pauperización y miseria campesinas se convierten en lo "común" en el escenario social. La expansión del capitalismo salvadoreño, al igual que el de otros países latinoamericanos, intensifican sus ligaduras con el sistema imperialista, que es el gran proveedor de créditos, de préstamos y de inversiones. Simultáneamente la "modernización" en El Salvador ha transformado al país en un amoroso dependiente de las compañías transnacionales, que hacen inversiones de capital como burguesía *interna* asociada con la nacional (y con mayor poder que esta última). El proyecto y las prácticas modernizantes no han hecho otra cosa que agudizar las contradicciones entre los explotadores y explotados. La nueva clase media técnicos, profesionistas, burócratas, etc, —apenas logran un mínimo de adelanto social; se encuentran con que este peligra, y el fantasma de la pauperización los atemoriza y llena de sombras. Las salidas reformistas son cada vez más inoperantes.

El dominio imperialista se ha instituido también a través de las zonas francas, que cuentan con amplias franquicias y exención de impuestos; prebendas que básicamente son aprovechadas por los monopolios extranjeros. El fracaso del Mercomún centroamericano fue una experiencia negativa para los capitalistas salvadoreños, más no para quien ya se beneficiaba de la dinámica del mismo: el imperialismo, que ejerce su influen-

cia por medio de otros canales.

La inestabilidad de dominio burgués en El Salvador se expresa también en el carácter gelatinoso de su régimen político, en sus fluctuaciones de gobierno, en la diversificación de "modelos" propuestos, ya sean de carácter definitivamente reaccionario o de tipo reformista. El Estado salvadoreño se ha caracterizado por la debilidad del consenso, por la ausencia de base social que lo soporte (entre los mecanismos que la burguesía emplea, ha estado el de crear partidos que organicen el consenso, que lo desarrollen. Así, el llamado Partido de Conciliación Nacional, agrupación que había apoyado al dictador Molina, antecesor del no menos dictatorial C. H. Romero, derrocado por la actual Junta Militar, pretendió imitar, en su estructura y práctica, al Partido Revolucionario Institucional, del cual no puede negarse que cuenta aún con importante consenso en la población mexicana. Naturalmente, tal imitación dio por resultado que el PCN carecía de las bases históricas que han hecho posible la fuerza y durabilidad del PRI. En El Salvador, los partidos burgueses no pueden sostenerse, y muchos de ellos desaparecen; tratando de pescar en río revuelto, el Partido Demócrata Cristiano intentó ser la agrupación consensual por excelencia. Su fracaso en tal sentido ha sido evidente, dado que la política de traición y de represión que lleva dentro de la Junta Militar actual lo ha desenmascarado como una asociación netamente reac-

cionaria). La ausencia de legitimación del Estado ha sido la causa de que muchos sectores sociales que funcionan como amortiguadores en otros países latinoamericanos, desempeñen aquí un papel de apoyadores y aliados de las agrupaciones políticas radicales de los trabajadores: clase media, intelectuales, empleados, burócratas, etc. Notable por muchos conceptos, ha sido la posición asumida por diversas órdenes religiosas —como los jesuitas y por la propia Iglesia, al menos, parcialmente, y en la vanguardia de personajes tan importantes como el propio arzobispo de El Salvador, monseñor Oscar Arnulfo Romero, asesinado cobardemente, en marzo de 1980, por gatilleros de la reacción; esta posición es de apoyo a las luchas populares y de compromiso con los trabajadores, aunque no existe, de ningún modo, identidad entre las organizaciones populares con orientación marxista-leninista y las fuerzas eclesiásticas progresistas; existe una lucha convergente contra el imperalismo y la reacción.

La debilidad del Estado oligárquico-burgués lo ha hecho siempre apoyarse en una represión brutal. Ya que carece de hegemonía, este Estado tiene que ejercer una dictadura abierta y terrorista. Ello es una de las razones por las cuales la izquierda salvadoreña no discute ya sobre los problemas que implica la lucha armada; frente al régimen policíaco-militar, lo que debate es la forma más idónea de ese tipo de lucha. Dada tal situación, la burguesía

se ha visto obligada a mostrarse siempre adicta al Ejército y a los gobiernos militares.

Las tentativas del propio Estado salvadoreño de generar procesos democrático-burgueses, como las elecciones para que una parte del pueblo escoja entre diversos candidatos de la burguesía, han terminado en rotundos fracasos. Dictadores como Molina y Romero han llegado al poder después de elecciones fraudulentas en las que arrebataron el triunfo a candidatos que, por lo demás, no tenía ninguna inspiración revolucionaria; pero que tenían cierto apoyo de las masas. Tanto los trabajadores, como ciertas organizaciones de izquierda (el Partido Comunista o el MNR social-demócrata) que jugaron la carta electoral en un momento dado, han terminado por abandonar este recurso.

Ante el aumento de inconformismo de los trabajadores, la represión, que llamaremos “tradicional”, ha cedido su lugar a una de carácter más masivo, más “técnica”, más extensa, brutal y sanguinaria. No bastándose a sí mismos, el Ejército y la Policía han organizado cuerpos paramilitares, supuestamente independientes del gobierno, y que no son más que grupos de asesinos multihomicidas que tratan de aniquilar a todo el que consideran disidente. A medida que la insurrección popular profundiza sus acciones militares, la lucha toma contornos de guerra civil.

La rebelión popular No Armada ha tenido múltiples expresiones en el

C U A D R O 1
LAS HUELGAS LLEVADAS A CABO DURANTE EL PERIODO DE
1974 a 1977

AÑO		Obreros en huelga	Rama industrial	Resultados	
1974	Maquinaria pesada	200	construcción	ganada	
1975	INDECA	150	muebles	ganada	
1976	Maidenform	150	textil	derrotada	
	ALCOA	80	metalúrgica	disuelta y reprimida	
	Terracera Nacional	100	construcción	disuelta y reprimida	
	Cerrón Grande	200	electricidad y construcción	ganada	
	STECEL	1 200	electricidad	ganada	
1976-77	SIPES	1 100	puerto	reprimida, ocupación militar	
1977	Rutas 5 y 28	40	buses	derrota parcial	
	Acero, S.A.	200	metalúrgica	reprimida, disolución del sindicato	
	INSICA	1 200	textil	ganada	
	Rayones, S.A.	300	textil	derrotada	
	Eagle Internacional	200	textil	ganada	
	San Sebastián			minería	ganada

transcurso de estos últimos años, en los setentas. En 1971, sobreviene una importante huelga de educadores; en 1972, el pueblo coadyuva el triunfo de la oposición en las elecciones, el cual es escamoteado; también, en 1977, se desconoce otro triunfo popular en las elecciones de ese año, por lo que hay grandes movilizaciones y una huelga de carácter político; el gobierno se enfrenta a un sector de la Iglesia que defiende las causas populares; los campesinos invaden tierras y se arman ante las violentas agresiones con poder de fuego, por parte del Ejército y de los grupos paramilitares, y la clase obrera hace huelgas de importancia y se enfrentan a las "fuerzas del orden". El investigador Italo López Vallecillos nos ofrece el cuadro 1 sobre las huelgas llevadas a cabo durante el período de 1974 a 1977.

Hasta febrero de 1977, 15 huelgas con un número de obreros participantes aproximado de cinco a seis mil (1974-77). Ocho huelgas ganadas y siete derrotadas.⁹

El país estuvo convulsionado por una serie de movimientos huelguísticos en 1978, y en agosto de 1979, Samayoa y Galván escribían: "Por

lo menos, 20 sindicatos de empresas pertenecientes a diversos ramos industriales decretaron huelgas en los primeros tres meses del año. Otros tantos sindicatos decretaron paros simbólicos de solidaridad y apoyo a las huelgas realizadas en el mismo período... En no pocos casos, los conflictos laborales revistieron formas violentas (EASA, La Constancia y Tropical, Delicia, S.A., Minas de San Cristóbal, ADOC). La violencia revolucionaria, ligada con las luchas obreras, también se hizo sentir (de marzo, las FPL 'ajusticiaron' al jefe de personal de ADOC; el 13 de marzo las mismas FPL acribillaron a balazos a policías de caminos, en solidaridad con los huelguistas de La Constancia y Tropical; el 24 de marzo, el ERP ejecutó una acción guerrillera denominada 'vivan las luchas combativas de la clase obrera')."¹⁰

Más huelgas y mayores contingentes obreros apoyándolas cada año; huelgas que revisten un carácter político más bien gremial; huelgas que son apoyadas por las organizaciones políticas de izquierda, las cuales a su vez son apoyadas por ellas: una joven clase obrera en efervescencia y rebelión. La reciente huelga general de

⁹ López Vallecillos, Italo. "Fuerzas Sociales y Cambio Social en El Salvador", en *ECA, Estudios Centroamericanos*. Univ. Centroamericana, J. Simeón Cañas, Núms. 369-370. 1979, julio-agosto, pág. 588.

¹⁰ Samayoa, Salvador, y Galván Guillermo. "El Movimiento obrero en El Salvador ¿Resurgimiento o Agitación?", en *ECA, Estudios Centroamericanos*. Univ. Centroamericana, J. Simeón Cañas, Núm. 369-370, julio-agosto, pág. 591.

julio de 1980, que abarcó el 70% de la población laborante, y la de los electricistas en agosto (que tuvo como respuesta la militarización de los servicios públicos) demuestran el creciente espíritu de combate de la clase obrera.

En 1976, el gobierno del dictador Molina pretendió llevar a cabo una seudorreforma agraria, creando un nuevo grupo de 12 000 pequeños propietarios. El dictador, que solamente tenía el propósito de afectar el 4% de la tierra del país, y compensar generosamente a los propietarios expropiados, fue acusado de comunista por los grandes terratenientes y dio marcha atrás en su mísero proyecto. Con ello se antagonizaron aún más las contradicciones entre la oligarquía y el movimiento campesino del país, hartos ya de la expoliación a la que está sometido. Molina y un psicópata homicida, el general Medrano, fundaron una banda terrorista denominada ORDEN, a efecto de reprimir a la población campesina y asesinar a los sospechosos de "izquierdismo". Desde luego, el radio de acción de ORDEN no se limita tan solo al ámbito rural, sino que, junto con otras organizaciones paramilitares, como la Unión Guerrera Blanca, pretende sembrar el terror en campos y ciudades.

Pero los campesinos, al igual que los obreros, han perdido el temor. Para ellos, vale más el combate que tener que soportar la vida que llevan.

Miembros de la pequeña burguesía, de la clase media, e incluso algu-

nos sectores de la clase alta se oponen hoy al despótico Estado militar.

LAS ORGANIZACIONES POPULARES Y LA RESPUESTA MILITAR A LA ACCION BELICA Y TERRORISTA DEL ESTADO

Después de la dictadura de Molina, el gobierno de Carlos Humberto Romero —surgido del fraude electoral— puso en práctica una política de completa subordinación a la oligarquía, generando una bárbara y terrible represión contra el movimiento popular. Romero, que había sido dirigente de ORDEN, olvidó los coqueteos reformistas de Molina, y ordenó que la Guardia Nacional atacara a los campesinos que tomaran tierras. Helicópteros y metralletas se convirtieron en parte común del paisaje social.

En el período de Romero se destaca la Iglesia Católica, al menos, una parte importante de ella, como opositora básica al régimen. Ya en la década de los sesentas, la Iglesia había creado las comunidades de base, grupos dedicados al estudio y a la acción social, compuestos de campesinos y jornaleros. En ellos, los sacerdotes denunciaban la injusticia predominante en el país y enunciaban medidas radicales en su contra, aunque todas ellas de carácter pacífico. La derecha y el gobierno respondieron amenazando de muerte a los jesuitas, asesinando al más destacado de ellos: Rutilio Grande. El arzobispo Oscar Romero, ante

la represión, radicalizó su postura y se convirtió en el principal denunciante de los crímenes del gobierno y de la explotación del pueblo.

Cerrada la vía electoral, luego del último fraude, el más escandaloso y desvergonzado (el de 1977, que llevó a Romero a la presidencia), y habiéndose aprendido las masas nuevas formas de lucha en el proceso de protesta por el fraude (se intentó la huelga general, se organizaron sistemas de autodefensa, de erección de barricadas contra la intrusión del Ejército, de protección a los activistas y a los trabajadores comunes, etc), empezaron a impulsar nuevas organizaciones, sustituyendo a aquellas que habían sufrido un claro desgaste (el mismo Partido Comunista tuvo que radicalizar sus posiciones, dado que su confianza en la vía electoral le había hecho perder lo que los sociólogos llaman "clientela").

Una de estas organizaciones es el Frente de Acción Popular Unificada, que surge en 1974 como un frente amplio de masas, que llega a controlar varias organizaciones gremiales y sindicales de trabajadores. Un desprendimiento importante del FAPU se convirtió en el Bloque Popular Revolucionario. En 1977, surgen las Ligas Populares 28 de Febrero.

La izquierda salvadoreña, a diferencia de muchas izquierdas latino-americanas en las que pululan el intelectualismo y el vanguardismo (concepciones de *élite* que desembocan en prácticas reformistas o ultraizquierdis-

tas), es una izquierda dirigente, que moviliza a centenares y miles de trabajadores; que parte de las necesidades concretas de los movimientos de estos últimos; que articula las demandas populares, y que hace converger las diferentes luchas sectoriales en un solo camino hacia el poder popular.

El FAPU señaló, como fecha indicadora de la *contraofensiva* popular, el año de 74, y la conversión de la misma en *ofensiva*, el año de 1976. Esta organización consideraba, en 1976 y 77, que el país era regido por una dictadura militar en escalada fascista; que el enemigo principal era la oligarquía cafetalera, industrial y financiera; que la fuerza dirigente del movimiento popular era la clase obrera y la fuerza principal, los campesinos. Consideraba que el objetivo, en la etapa actual, era impulsar el arribo de un gobierno popular revolucionario, e instaurar una democracia revolucionaria.

Diferencias tácticas y estratégicas se presentaron entre las diversas organizaciones de masas. El BPR expresa así su propio nacimiento:

"EL BLOQUE POPULAR REVOLUCIONARIO surge al calor de la lucha de masas, no mediante un acuerdo 'burocrático' de las directivas de distintas organizaciones, ni a través del encuentro oportunista de una coyuntura. Fue la misma práctica revolucionaria consecuente con los intereses fundamentales del proletariado y sectores explotados del pueblo, los que llevan a distintas organi-

zaciones (Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños —FE-CCAS— Unión de Trabajadores del Campo—UTC—Unión de Pobladores de Tugurios—UPT—Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños—ANDES 21 de junio—, Universitarios revolucionarios 19 de julio—UR; 19—Movimiento estudiantil revolucionario de Secundaria—MERS—) a aglutinarse bajo un solo BLOQUE, para responder en forma revolucionaria y combativa a las exigencias del grado de desarrollo de la lucha de clases”.¹¹

El BPR se pronuncia por el tránsito de la Revolución Popular al socialismo.

Las discrepancias entre los diferentes organismos populares, algunas de ellas con fundamento real, y otras de tipo irracional —han ido cediendo a la dinámica de la convergencia, impuesta esta por las necesidades de la lucha y por el gran ejemplo nicaragüense. En 1980, se crea la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), que unifica al BPR, FAPU, LP-28 y la Unión Democrática Nacionalista, frente amplio con hegemonía del PCS. Catalizador de esta unificación fue la política de la Junta, que sustituyó a Romero mediante un golpe de Estado, de lo cual hablaremos más adelante.

En el terreno militar, ya desde los años sesentas había habido intentos foquistas (aunque con cierta ligazón de masas) que, por lo demás, no avanzaban en una alternativa revolucionaria. Hacia 1975, las fuerzas militares populares surgen y se desarrollan, destacando entre ellas las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), las Fuerzas Armadas de Resistencia Nacional (FARN) y el Ejército Revolucionario del Pueblo. Estos destacamentos han actuado repeliendo la agresión del Ejército y de las bandas, empleando tácticas guerrilleras y de combate militar abierto en las ocasiones en que haya habido facilidades para ello; han atacado figuras importantes del régimen represivo, y se han financiado con secuestros de oligarcas y asaltos a instituciones financieras. Su poder de fuego y su capacidad logística se han incrementado, no solo por la calidad de sus direcciones, sino básicamente por el apoyo popular. Los acontecimientos de 1979 provocan un cambio cualitativo, tanto en el terreno político, como en el militar.

LOS “REFORMISTAS” MASACRADORES

En octubre de 1979, el dictador Romero es derrocado por un golpe de estado militar, que impone una junta de gobierno con apoyo socialdemócrata y del Partido demócrata-cristiano. La junta, que pretendía

¹¹ BPR. “La Alternativa del Pueblo”, en *ABRA*, revista de la Universidad Centroamericana, J. Simeón Cañas, Núm. 14, julio de 1976, año 2, pág. 11.

ser antioligargca, es en realidad controlada por militares reformistas de derecha, aliados con fascistas, y efectúan una represión que, en pocos meses, supera a la de Romero en todo su período gubernativo. El día 22 de enero, la Junta perpetra una terrible matanza al agredir a una manifestación popular; mueren 40 personas y quedan más de 150 heridas. La Junta era tan solo un intento reformista para inhibir el movimiento del pueblo; no lo logró, y entonces amplió la represión romerista a límites inconcebibles. Los social-demócratas renunciaron a la Junta, y lo mismo algunos funcionarios demócratas-cristianos, no sin denunciarla previamente como proimperialista y represiva.

A su política represiva, la Junta adiciona una faceta reformista: nacionaliza la banca (lo que, en realidad, implica una centralización y control crediticio para facilitar el desarrollo capitalista), y lleva a cabo una brutal reforma agraria, en donde se reubica forzosamente y se coacciona a la población campesina, asesinando a los disidentes. Si bien estas medidas no engañan a ningún sector del pueblo, que sigue su lucha decidida en contra de la dictadura, en cambio, provocan la hostilidad de la derecha más cavernaria en contra de la Junta; tal derecha no vacila en calificar a esta y a su asesor que la apoya Robert White (embajador de los Estados Unidos) de "agitadores comunistas".

La lucha del pueblo se ha elevado a otros niveles cualitativos, superio-

res. Los combates contra la dictadura se transforman en una guerra contra ella; el FAPU informa que: "La ofensiva militar se ha desarrollado en las principales ciudades y los 14 departamentos. Los meses de mayo y abril dieron por resultado 100 acciones cada mes, donde se atacaron (sic) cuarteles, se hicieron emboscadas, se tomaron barrios, pueblos . . . lo que ha causado más de 1 000 bajas a las fuerzas armadas. Se ejecutaron acciones de gran envergadura, como el ataque al cuartel general de la Guardia Nacional (GN), efectuado por el ERP, y el 23 de mayo, se dió la BATALLA DE ACAJUTLA, que fue el primer intento de mantener fuerzas irregulares y semirregulares hasta el 1 de junio, con el combate del "Río Rosario".¹² Fermán Cienfuegos, comandante de las FARN, indica que: ". . . aproximadamente, en el país, hay 200 mil milicianos que están armados con bombas, pistolas, escopetas, fusiles: eso es, más o menos, la milicia popular. Además, están armados otros sectores, digamos los sindicatos, los gremios, las asociaciones también están armadas, con bombas, bombas molotov, bombas amonales y otras armas más rudimentarias, o sea 200 mil milicianos, más los miembros de la organización gremial, que también están armadas; el cálculo que nosotros hacemos es, a partir

¹² FAPU. *Análisis Político de la Situación Actual*. El Salvador, C.A.

de los afiliados, el movimiento obrero fundamentalmente aproximativo tiene 100 mil sindicalistas, y el Ejército, la estructura del Ejército guerrillero aproximadamente 15 mil hombres, que usan desde el FAL, G-3, cañones sin retroceso, bazucas, morteros, calibre 60, calibre 80, lanzacohetes y otra cohetería que es de tipo de fabricación propia . . .".¹³

A mediados de abril, las fuerzas populares lograron la creación del Frente Democrático Revolucionario (FDR), que incorpora a sectores más amplios en torno del programa de la CRM; el FDR aglutina técnicos, profesionistas, intelectuales, burócratas; en fin, sectores que hasta hace poco no habían radicalizado su ubicación política. La creación del FDR es la construcción de un embrión de gobierno revolucionario. Y, poco tiempo después, las fuerzas militares quedaron bajo una dirección única: la Dirección Revolucionaria Unificada, actual estado mayor de la revolución salvadoreña.

HACIA LA VICTORIA

Los avances políticos y militares de las organizaciones populares hacen

trastabillar a la Junta Militar demócrata-cristiana, pese a la bestial represión que esta ejerce. En la actualidad, solo podría salvar a la Junta la intervención directa de sus patrocinadores. Sabemos quiénes son ellos: los imperialistas norteamericanos.

La solidaridad de los pueblos del mundo y, en particular, los latinoamericanos, debe hacerse sentir ahora con gran vigor y solidez. Se debe auxiliar al pueblo salvadoreño y a sus organizaciones, con ropa, dinero, alimentos, medicinas. Es necesario exigir a gobiernos, como el de México, la ruptura de relaciones con la sanguinaria Junta, tan vil y carnicera, como el régimen de Somoza. A las organizaciones populares combatientes debe reconocérseles el carácter de beligerantes. Se impone ayudar a los miles de refugiados que escapan de la represión militar y "demócrata-cristiana".

El genocidio no detendrá el proceso revolucionario. Pero la solidaridad internacional puede auxiliar para que el día de la victoria esté más cercano, y ahorrar así ríos de sangre de patriotas que la Junta está dispuesta a derramar en su caída y desespe-ración.

¹³ FARN, Conferencia de prensa del Comandante de las FARN, Fermán Cienfuegos, El Salvador, C.A., 19 de junio de 1980.